



FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

**El cuerpo como espejo del trauma: una lectura
filosófico-psicológica del problema mente-cuerpo**

Autora: Carlota Alonso Temiño
Director: Roman Facundo Trenado Rosa

Madrid
2025/2026

Resumen

El presente trabajo aborda la relación entre mente y cuerpo desde una perspectiva interdisciplinaria que integra la filosofía de la mente, la neurociencia y la psicología del trauma. A través de una revisión bibliográfica de las principales posturas filosóficas en torno al problema mente-cuerpo, se examinan sus limitaciones para explicar de forma conjunta la base neurobiológica de la experiencia y la irreductibilidad de la vivencia subjetiva; en consecuencia, se adopta el materialismo emergentista como el marco más adecuado. Dicha postura resulta compatible con la evidencia empírica que aportan el trauma y la somatización: la mente emerge de sistemas biológicos complejos sin reducirse a ellos, y ejerce una causalidad sobre el organismo. Como ejemplo, el testimonio de Claudia Campillo, activista y superviviente de abuso sexual infantil, ilustra cómo las experiencias traumáticas no resueltas dejan huella en el organismo y emergen como síntoma en el cuerpo.

Palabras clave: mente, cuerpo, problema mente-cuerpo, consciencia, dualismo, materialismo emergentista, trauma, somatización.

Abstract

This paper addresses the relationship between mind and body from an interdisciplinary perspective that integrates philosophy of mind, neuroscience, and the psychology of trauma. Through a bibliographic review of the main philosophical positions on the mind-body problem, their limitations in jointly explaining the neurobiological basis of experience and the irreducibility of subjective experience are examined; consequently, emergentist materialism is adopted as the most adequate framework. This position is compatible with the empirical evidence provided by trauma and somatization: the mind emerges from complex biological systems without being reducible to them, and exerts causality over the organism. As an example, the testimony of Claudia Campillo, activist and survivor of childhood sexual abuse, illustrates how unresolved traumatic experiences leave their mark on the organism and emerge as symptoms in the body.

Keywords: mind, body, mind-body problem, consciousness, dualism, emergentist materialism, trauma, somatization.

1. Introducción.....	4
1.1 Justificación y objeto de estudio.....	4
1.2 Objetivos del trabajo.....	5
1.3 Metodología.....	5
2. Marco teórico.....	6
2.1 Filosofía de la mente y el problema mente-cuerpo:.....	6
2.2 La consciencia.....	16
2.3 Psicología del trauma y somatización.....	19
3. Análisis de casos.....	23
4. Conclusiones.....	28
5. Bibliografía:.....	30

1. Introducción

Conceptualmente, el ser humano necesita distinguir y clasificar para poder comprender tanto su propio funcionamiento como el del entorno en el que habita. Desde esta necesidad de orden surge la clásica separación entre mente, entendida como la «potencia intelectual del alma» (Real Academia Española, s.f.) y cuerpo, definido como el «conjunto de los sistemas orgánicos que constituyen un ser vivo» (RAE, s.f.). A pesar de ello, la conexión entre ambos términos ha planteado un dilema que ha atravesado distintas disciplinas, desde el arte hasta la medicina, dando lugar a una cuestión fundamental: ¿cómo podemos entender la naturaleza de la relación entre mente y cuerpo en la experiencia humana?

1.1 Justificación y objeto de estudio

La pregunta da origen al debate denominado el problema mente-cuerpo, que constituye uno de los ejes centrales del pensamiento filosófico desde sus inicios. A pesar de los numerosos intentos de resolución, esta incógnita continúa abierta debido al desafío que implica en el razonamiento actual, tanto la interacción de las dos posibles dimensiones como la propia naturaleza de la vivencia consciente. En este contexto, el presente trabajo abordará algunas de las distintas posturas teóricas de pensamiento que han intentado explicar esta cuestión, para así alcanzar una mirada interdisciplinar que permita fundamentar conclusiones propias.

A partir de este problema surgen interrogantes relevantes acerca de determinados fenómenos psicológicos contemporáneos, como la somatización de estados mentales y emocionales o la vivencia del trauma, fenómenos estrechamente relacionados con los procesos cognitivos. Ambos reafirman la relevancia del dilema mente-cuerpo al mostrar cómo experiencias intrínsecas pueden exteriorizarse físicamente e incluso pueden dejar una huella corporal, especialmente si se dan escenarios de sufrimiento emocional o vivencias traumáticas. Asimismo, con el fin de ilustrar el marco teórico trabajado desde una perspectiva filosófica-psicológica, se analizará el caso de Claudia Campillo, cuyo testimonio permitirá examinar de forma concreta la posible relación de las vivencias traumáticas y las manifestaciones corporales, así como valorar las principales teorías sobre la relación mente-cuerpo para presentar un marco interpretativo adecuado.

1.2 Objetivos del trabajo

La finalidad principal de este estudio es dar respuesta a la pregunta de investigación central: ¿cómo se relacionan los procesos cognitivos y emocionales internos con su manifestación en el cuerpo, y cómo podemos conceptualizar esta conexión dentro del debate filosófico sobre mente y cuerpo?

Para poder responder a esta cuestión, se plantean los siguientes objetivos específicos:

1. Analizar determinadas posturas filosóficas clave en torno al problema mente-cuerpo mediante un recorrido cronológico.
2. Realizar una aproximación al fenómeno de la consciencia.
3. Explorar los conceptos de trauma y somatización desde una perspectiva psicológica, relacionándolos con las posturas filosófico-psicológicas analizadas.
4. Aplicar el marco teórico a la práctica real mediante el caso de Claudia Campillo, integrando una síntesis final que refleje una conclusión explicativa de las perspectivas estudiadas.

1.3 Metodología

El presente trabajo se configura como una revisión bibliográfica con enfoque interdisciplinar que integra aportaciones psicológicas y filosóficas sobre el nexo entre mente y cuerpo. Para su realización, se ha llevado a cabo un análisis sistemático de literatura académica que selecciona fuentes actualizadas y relevantes para poder trazar un marco teórico y comprender los conceptos de trauma y somatización.

La estrategia de búsqueda se centra en literatura académica y bibliotecas digitales utilizando palabras clave como mente, cuerpo, dualismo, materialismo, problema mente-cuerpo, consciencia, trauma, somatización y síntomas. La selección de referencias asegura una representación adecuada de las diversas posturas teóricas. El trabajo incluye el estudio de caso de Claudia Campillo, que muestra de manera práctica las ideas discutidas e ilustra la relación entre los procesos mentales y las expresiones físicas. La combinación de revisión teórica y el análisis aplicado proporciona una aproximación integral al problema mente-cuerpo y a la expresión corporal del trauma.

2. Marco teórico

Resulta evidente que el ser humano está formado de materia. Sin embargo, parece insuficiente pensar que únicamente esté compuesto de ella (Crane, 2008). Desde esta premisa se articula una línea de debate que perdura en la filosofía contemporánea de la mente y que se reconoce como uno de los pilares fundamentales del denominado «problema mente-cuerpo». Aun observando las aparentes diferencias de estos dos planos, ambos parecen estar estrechamente ligados. Por ello, el planteamiento tradicional sobre este dilema conlleva el desafío de clarificar cómo los estados mentales, caracterizados por su subjetividad, pueden estar vinculados con los estados físicos que la ciencia natural explica (Sebastián, 2022).

Además, la dificultad se intensifica al analizar los ciclos de interacción: cómo los estados mentales conducen a acciones corporales y viceversa, cómo los procesos fisiológicos configuran nuestra experiencia subjetiva (Damasio, 1994). La tensión percibida, que Glanvill (1665/2011) califica como un nudo demasiado duro como para que nuestros intelectos degradados lo deshagan, ha generado diferentes corrientes de pensamiento que han ocasionado que el debate continúe en la actualidad.

2.1 Filosofía de la mente y el problema mente-cuerpo:

El antecedente con mayor influencia sobre el problema mente-cuerpo se puede situar en la filosofía clásica. En la teoría de las Ideas, Platón desarrolla una concepción más compleja y explica que las verdades eternas que realmente existen son de carácter inmaterial e inteligible (Sebastián, 2022). En el *Fedón*, el filósofo griego sostiene que el alma preexiste al cuerpo y contempla directamente las Ideas antes de su unión con él. Como sentencia Platón a través de Sócrates al concluir su argumento sobre la reminiscencia: «existen también las almas antes de estar en forma humana, separadas de los cuerpos, y tenían inteligencia» (s.f., p. 24). Desde ahí, se coloca a la mente como algo que prevalece sobre lo físico, aunque sin negar de manera absoluta la existencia del mundo sensible. De esa manera, la prioridad de lo inteligible sobre lo físico apoya una idea temprana de la dualidad entre mente y cuerpo.

La dicotomía platónica sienta los pilares filosóficos de la tradición posterior, pero no es hasta la modernidad cuando el problema mente-cuerpo adquiere una suerte de

autonomía conceptual. La división de lo inteligible y lo sensible encuentra una formulación más novedosa con la postura de René Descartes, quien diferencia las dos entidades y propone una materia caracterizada por el espacio-tiempo y una mente definida por su pensamiento (Kim, 2011).

El punto de inicio para esta distinción se refleja a partir de la certeza inicial: «pienso, luego existo» (Descartes, 1641/2005, p. 24). A través de este planteamiento, se intenta responder a la cuestión ¿qué soy?, identificando el pensamiento como atributo inseparable del ser. Por lo tanto, sostiene la existencia cierta del «yo» como un ente pensante, lo que le servirá para fundamentar más adelante la distinción entre la sustancia de la mente *res cogitans*, que carece de existencia espacial, y el cuerpo *res extensa*, ubicado en el espacio (Descartes, 1641/2005). A pesar de esta separación radical, Descartes establece una interacción entre ambas dimensiones a través de la glándula pineal, un órgano del cerebro por el que los estados corporales afectan a los mentales y viceversa (Sebastián, 2022).

Sin embargo, Descartes no tarda en enfrentarse a discrepancias que desafiaron su coherencia. La princesa Elisabeth de Bohemia (alumna de Descartes) plantea una duda fundamental en su teoría: ¿cómo puede una mente pensante e inteligible empujar un cuerpo físico? Elisabeth señala la aparente imposibilidad de esta interacción por la falta de flujo de energía; ambos planos deberían tener masa para poder transmitir movimiento de un objeto a otro (Kim, 2011). Su observación pone en duda el concepto cartesiano de unión mente-cuerpo que, al ser un principio primitivo¹, no proporciona una explicación de cómo funciona la interacción (Kim, 2011). Aunque las objeciones de Elisabeth muestran un problema interno del sistema cartesiano, las críticas actuales intensifican aún más el cuestionamiento del dualismo.

La incapacidad del sistema cartesiano para dar una explicación satisfactoria de cómo dos sustancias tan diferentes interactúan conduce a diversos pensadores hacia soluciones radicales. Si la interacción no es posible, tal vez se deba a que una de las dos sustancias no exista. A principios del siglo XVIII aparece una de las primeras respuestas decisivas al problema mente-cuerpo, que consiste en rechazar la materia, dando lugar al

¹ Primitivo: se entiende por sí mismo y no puede ni necesita ser explicado mediante otros conceptos más básicos.

idealismo inmaterialista planteado por Berkeley (1710/1992). Este idealismo distingue entre los espíritus —sustancias activas como la mente o el alma— y las ideas, que son objetos pasivos e inertes percibidos por el ser humano (Berkeley, 1710/1992).

Sin embargo, esta teoría es objeto de crítica por parte de Immanuel Kant, que desarrolla su «Refutación del Idealismo» en *La crítica de la razón pura*, donde la teoría de Berkeley es denominada como Idealismo material dogmático (García-Acevedo, 2016; Lema-Hincapié, 2005). Rechaza dicha postura mediante la revolución copernicana, donde explica cómo los factores tiempo y espacio son propiedades universales *a priori* de la intuición sensible que conllevan una experiencia interna (sometida al flujo del tiempo) que presupone la experiencia externa.

Para mostrarlo, sentencia: «La mera conciencia, aunque empíricamente determinada, de mi propia existencia demuestra la existencia de los objetos en el espacio fuera de mí» (Kant, 1781/2005, p. 179). Este punto defiende un realismo empírico que se fundamenta a partir de la existencia de objetos externos permanentes, entendidos como fenómenos que se adaptan a la forma de conocer de las personas, lo cual supone la aceptación necesaria del mundo sensible (Kant, 1781/2005). En consecuencia, el propio cuerpo puede considerarse parte de ese mundo externo (García-Acevedo, 2016). Así, la propuesta de Berkeley queda presuntamente refutada.

Con el paso del tiempo, la discusión se aleja gradualmente de la metafísica pura para aterrizar en el análisis biológico. Durante el siglo XIX, los avances en la psicología, anatomía y fisiología cuestionan también el argumento de la diferencia de sustancias desde una perspectiva empírica, lo que significa un cambio de paradigma hacia el mecanicismo científico. Esta nueva mirada sostiene que la realidad física siempre obtiene como resultado otro evento físico. Desde este enfoque, la conciencia no es un ente aparte, sino el resultado de la dinámica corporal y de sus procesos neuronales (Sebastián, 2022).

En lo que a la neurociencia respecta, el anatomista y fisiólogo Müller (1846) explica la necesidad de un cerebro para la existencia de la conciencia y las capacidades intelectuales. Es más, analiza cómo un cambio material en la estructura del cerebro supone la alteración de dichas facultades, pero esta influencia es recíproca, ya que las

ideas ejercen efectos orgánicos en nuestro organismo. Desde ahí, se genera el funcionamiento de un sistema integrado y también se refuerza la idea de interdependencia de la sustancia pensante y la materia estructurada.

La correlación entre mente y cuerpo inspiró a Gall a proponer la frenología, la cual se fundamenta en la división de las facultades innatas en la organización de la estructura cerebral. Aunque esta teoría más tarde fue desacreditada por la falta de rigor metodológico, su aproximación ha realizado avances en la neurociencia contemporánea, como la especialización funcional cerebral que reconoce el sustrato material como el origen de las capacidades mentales (Velázquez Delgado, 2020). Tras los avances de Gall sobre la especialización funcional del cerebro, Harlow (1848) proporcionó una evidencia clínica al analizar el caso de Phineas Gage. Este paciente, tras sobrevivir a un accidente en el que una barra de hierro atravesó su lóbulo frontal izquierdo, tuvo alteraciones en algunas capacidades, como el comportamiento o el razonamiento. Sin embargo, otras habilidades como la memoria quedaron intactas. A través de este caso se demostró que existen funciones específicas situadas en diferentes áreas del cerebro.

Aunque tras los avances biológicos la mente parecía ser reducida a sus bases materiales, el debate pronto se enfrentó con un obstáculo conceptual. El hecho de que la vivencia subjetiva que experimenta un individuo al ver el color rojo pueda coincidir con la sensación que vive otro al observar el color verde, pone de manifiesto la incomunicabilidad de la experiencia intrínseca (Lewis, 1929/1956). Desde esta mirada, se evidencia cómo los estados mentales hacen referencia a las vivencias subjetivas. En este contexto, Lewis (1929/1956) denominó *qualia* a estos caracteres cualitativos, distintos de las propiedades de los objetos y puramente subjetivos. Los *qualia* dan lugar al carácter fenoménico de la experiencia, es decir, aquello que hace que «sea como algo» para el sujeto vivir una determinada experiencia (Sebastián, 2022).

La problemática de estas propiedades mentales superiores fue expuesta también por Broad (1925) en su Teoría Compuesta, donde la mentalidad emerge como característica de un compuesto. Según este autor, la fisiología por sí sola no es capaz de explicar los fenómenos mentales, ya que únicamente pueden comprenderse como el resultado de la combinación de un factor corporal y un factor psíquico. Ninguno de estos dos elementos posee de manera aislada las cualidades que caracterizan a la mente: la consciencia y las

experiencias subjetivas. Más bien, surgen como una nueva cualidad emergente derivada de la fusión de los dos aspectos en un único compuesto.

No obstante, apenas dos décadas más tarde, este planteamiento de la mente como «componente» de una mezcla fue cuestionado por Ryle (1949). El filósofo rebate la idea de que la mente constituya una entidad interna o un factor separado de los procesos corporales, y lo califica como un «error categorial». Desde esta perspectiva, tratar la mente como si fuera un elemento adicional o una entidad que opera al margen del cuerpo, como sugiere Broad al hablar de un compuesto entre lo físico y lo psíquico, equivale a aplicar una lógica inadecuada al lenguaje mental.

Ryle (1949) ilustra el fallo con un ejemplo de un extranjero que visita el campus de Oxford y recorre todas sus instalaciones (bibliotecas, clases, etc.), pero al finalizar el trayecto pregunta: «¿Dónde se encuentra la universidad?». A partir de esta crítica se descompone lo que el autor denomina como el «Dogma del Fantasma en la Máquina», que muestra la falsa creencia de la mente como una entidad oculta que habita el cuerpo. Siguiendo esta lógica, la mente es un conglomerado de capacidades y disposiciones de un organismo.

La desmitificación de la mente como «fantasma» fomentó una redirección directa hacia el campo de la neurobiología. En esta época se fundamentó la Teoría de la Identidad Psicofísica que determina cómo los estados mentales son idénticos a los estados neurológicos del sistema nervioso central; en otras palabras, se afirmaba que la mente es el cerebro (Smart, 1959). Para realizar dicha justificación, donde dos conceptos distintos pueden ser el mismo, utilizaban comparaciones científicas. Al igual que se identifica la molécula H₂O como agua, la neurofisiología terminará determinando la igualdad entre el estado cerebral de SNC² y nuestra experiencia interna (Smart, 1959).

El reduccionismo físico pronto encontró resistencias teóricas. A pesar del rechazo de la mente como entidad oculta, surgió un intento de explicar por qué lo mental no parece reducirse únicamente a mecanismos físicos. En este contexto, Putnam (1973) matizó la Teoría de la Identidad Psicofísica, criticando la idea de que un estado mental como el

² Sistema Nervioso Central: conjunto formado por el encéfalo y la médula espinal, responsable de procesar e integrar la información sensorial y coordinar la actividad del organismo.

dolor no puede ser meramente un estado físico-químico del órgano cerebral. Para que la igualdad fuera sostenible, debería existir un estado físico-químico universal en todos los seres capaces de experimentar dolor.

Sin embargo, los aspectos físicos muestran por qué la premisa es equivocada al comparar los estados químicos del cerebro de un mamífero, un reptil y un pulpo. Llegando a la conclusión de que un estado funcional puede resultar de diferentes procesos biológicos según el organismo. Es por ello que se definen los estados mentales como el estado funcional de un sistema completo; es decir, se describen por su rol causal o función. Bajo esta perspectiva y empleando el modelo de los Autómatas Probabilísticos, se comprende que los sujetos reciben *inputs* (estímulos sensoriales), que interactúan con otros estados internos del organismo generando *outputs* (respuestas motoras). En consecuencia, el dolor se define por el rol desempeñado en el sistema, independientemente de cuál sea su sustrato material o neuroquímico (Putnam, 1973).

Aunque se comprenda el «papel causal» de un estado mental, como sentir dolor para alertar sobre un daño, limitar los aspectos fenomenológicos solo al proceso físico y a su función dejaría una significativa «brecha explicativa». En otras palabras, existiría un vacío para la comprensión de la naturaleza de la consciencia fenoménica, es decir, cómo se siente esa experiencia (Levine, 1983). La falta de significado sobre el contenido mental hace que toda experiencia humana carezca de sentido. Frente a esta limitación, Searle (1984) defiende una visión de naturalismo biológico, donde los estados mentales, al igual que la digestión o la respiración, emergen de la biología. Para ello, utiliza la metáfora de la molécula del agua y explica que la liquidez es una característica global de la interacción de las moléculas. Desde este punto, la consciencia emerge como una característica biológica provocada por procesos neurofisiológicos que permiten dar intención y significado a las experiencias.

Esta visión biológica permite desplazar el foco desde la metafísica hacia el análisis empírico. Como respuesta a la incógnita sobre cómo se organiza esta relación y buscando una base definitiva en los datos, se han realizado avances científicos en ciertos campos como la neurología que muestran cómo los estados cerebrales pueden causar cambios o incluso deterioros mentales. Un claro ejemplo de esta interdependencia es analizado por Churchland (1986), quien sostiene la conservación de

las ciencias empíricas en la filosofía para llegar a la hipótesis de que la mente es, en última instancia, el cerebro. Para alcanzar esta premisa, rescata la antigua intuición: «Los hombres deben saber que los placeres, las alegrías, la risa y las diversiones, así como también las penas, las aflicciones y las inquietudes no se localizan en ningún otro órgano sino en el cerebro» (Hipócrates, s.f., cap. XVII).

Asimismo, la autora muestra mediante evidencia clínica la existencia de una conexión, al señalar que una lesión en un área específica del cerebro puede afectar capacidades cognitivas concretas. La relación directa entre el daño físico y el mental respalda la existencia de correlatos neuronales concretos, sugiriendo que el dilema mente-cuerpo podría tener solución asumiendo una igualdad total entre ambos planos (P. S. Churchland, 1986). Al reforzar esta postura desde una perspectiva más extremista, Churchland (1981/1995) desarrolla su teoría materialista eliminativa. En ella califica como *folk psychology*³ al entendimiento clásico que existe de los deseos y percepciones. Así explica que son conceptos populares equívocos y carentes de rigor científico, por lo que tendrán que ser revisados o reemplazados completamente por el marco conceptual de la neurociencia madura.

El problema de la conexión entre la mente y el cerebro llegó a su auge durante lo que se conoce como la «Década del Cerebro» (1990-2000), convirtiéndose en uno de los temas humanísticos y científicos más discutidos de ese periodo (Laws, 2000; National Institute of Mental Health, 2002, como se citó en Martín-Rodríguez et al., 2004). Durante esta etapa, las ideas teóricas se desarrollaron de manera entrelazada, estableciendo un diálogo continuo entre autores que se replicaban mutuamente (Cardenas y Lamprea, 2003, como se citó en Martín-Rodríguez et al., 2004). Debido a esta intensa reflexión, se mostrarán las distintas opiniones a través de la evolución de los conceptos y su debate interno, en lugar de seguir un estricto orden cronológico de publicación.

Partiendo de la visión de la mente como proceso completamente neurofisiológico, se encuentra como base teórica el Modelo Funcional de Reducción de Kim (1998). Según su análisis, cualquier propiedad mental puede reducirse a la materia cerebral, siempre

³ Es la sabiduría popular mediante la que se entiende que la conducta es el resultado de estados mentales

que haya capacidad de determinar qué realización física de primer orden⁴ debe cumplirse. Una demostración clara de esto es que el dolor sentido en el duelo tiene fundamentos físicos que se pueden comprobar, como por ejemplo los cambios en las sustancias químicas del cerebro debido a la bajada de dopamina y oxitocina, o incluso reacciones físicas como el estrés cardíaco.

En este mismo contexto de integración biológica, Damasio (1994) también cuestiona el dualismo cartesiano mencionado anteriormente, al señalar que la consciencia surgió en algún momento de la evolución, ya que antes los seres únicamente eran materia. Damasio argumenta lo siguiente:

Pero mucho antes del alba de la humanidad, los seres eran seres. En algún punto de la evolución, comenzó una consciencia elemental. Con esta consciencia elemental vino una mente simple; con una mayor complejidad de la mente apareció la posibilidad de pensar y, aún más tarde, de utilizar el lenguaje para comunicar y organizar mejor el pensamiento. Así, pues, para nosotros en el principio fue el ser, y sólo más tarde fue el pensar (p. 284).

Además, el autor subraya que concebir la mente como independiente del organismo lleva a un error metodológico: asumir que esta se puede estudiar sin tener en cuenta la neurobiología. Dicha suposición ha dado lugar a un error en la medicina y consecuencias prácticas: la propensión a subestimar el impacto del conflicto psicológico sobre el cuerpo. Es más, la medicina contemporánea considera esencial proponer el abandono de la estricta separación dualista entre síntomas «explicados» o «no explicados» médicamente, al corroborar cómo los síntomas psicológicos amplifican la intensidad de los físicos (Mewes, 2022).

No obstante, el establecimiento de estas correlaciones neurobiológicas no termina con el debate sobre la naturaleza de la experiencia. Desde este punto de inflexión, surge el denominado problema difícil de la consciencia formulado por Chalmers (1996/1999). La complejidad aparece al intentar dar explicación de cómo el procesamiento físico y funcional del cerebro ocurre junto con una vida interna experimentada. Con el objetivo

⁴ Nivel más básico y específico de descripción física

de demostrar que la consciencia no puede entenderse únicamente mediante explicaciones puramente físicas, Chalmers plantea un argumento modal fundamentado en la posibilidad de un «mundo zombie». Este experimento permite concebir un universo físicamente idéntico al nuestro, en el que todos los procesos corporales y conductuales se desarrollen de la misma forma.

Dado que este duplicado del mundo sensible carecería del carácter subjetivo que experimenta el ser humano, se hace evidente que los acontecimientos físicos no abarcan todas las dimensiones acerca del mundo. Al intentar evidenciar que los hechos fenoménicos no son consecuencia de los hechos físicos, se rechaza la idea materialista, dando paso al dualismo de propiedades (Chalmers, 1996/1999). La nueva perspectiva, a diferencia de la separación que propone el dualismo tradicional cartesiano entre las dimensiones mental y corporal, sostiene que, del mismo modo que la física reconoce la masa o el espacio-tiempo como propiedades fundamentales irreducibles, la consciencia debería considerarse también otra propiedad básica y universal (Chalmers, 1996/1999).

Frente a este reto, la concepción de un duplicado carente de consciencia ha sido rechazada por Dennett (1991/1995). Él (Dennett) había sentado las bases para limitar el experimento del zombie, bajo el supuesto de que, una vez que la consciencia haya sido adecuadamente explicada y se comprenda el funcionamiento del cerebro, no queda ningún residuo inexplicable. Desde su punto de vista, una arquitectura interna idéntica a la de un humano terminaría reflexionando sobre su vida interna y «tendría cosas que decir», al igual que el resto de los humanos.

Para Dennett (1991/1995), la consciencia no es una entidad mística, sino una especie de máquina virtual implementada por la evolución del sistema nervioso. En otras palabras, para que una persona pueda entender su entorno, el cerebro, al igual que un ordenador, muestra una versión simplificada a través de una representación. El filósofo la denomina «ilusión de usuario» porque oculta los múltiples procesos internos que lleva a cabo el cerebro. Desde ahí, argumentó cómo la consciencia no es un «extra» del cerebro, sino el producto de su propio funcionamiento; por tanto, no habría base para distinguir funcionalmente un zombie de una persona humana. Es más, sostiene que, bajo la mirada dualista, todo individuo sería un zombie por la falta de una propiedad fenomenológica independiente de nuestro sistema físico. Por todo ello, desde su punto

de vista, el problema no mostraría una discrepancia ontológica, sino una confusión conceptual sobre la experiencia consciente.

Tras la postura funcionalista, Bunge (2003) rebate la visión de Dennett y la categoriza como computacionalismo, acusándola de caer paradójicamente en un dualismo, que conlleva la separación de la mente y la materia. Desde su mirada, no basta con asumir a la mente como un programa instaurado en el cerebro, ya que esto implicaría dejar al margen la explicación de la base biológica de los fenómenos mentales. En su lugar, el filósofo y físico se inclina por el emergentismo, explicando cómo las funciones mentales son producto de sistemas biológicos que emergen de las neuronas. De esta manera, explica que un ordenador carecería de la dinámica viva de la consciencia, la cual está influenciada por el baño hormonal que modifica los estados anímicos y además es sostenida por una vía bidireccional entre la cognición y la emoción. Con todo ello, aclara cómo la consciencia no se trata de una ilusión, sino que proviene de propiedades biológicas irreducibles de los sistemas nerviosos.

Siguiendo esta evolución hacia la comprensión de la vivencia subjetiva, Pineda (2008) trata de demostrar las limitaciones de los supuestos puramente identitarios al sugerir que, al observar con un escáner el cerebro mientras se presenta un plato de comida delicioso, se puede observar el estado cerebral y las diferentes conexiones neuronales que se activan; pero ese mapa no podrá capturar el «destello» intrínseco de anticipación y de deseo que se experimenta. En este sentido, la vivencia mental no puede reducirse únicamente a un mapa de neuronas.

Frente al recorrido histórico del problema mente-cuerpo, este análisis revela ciertas insuficiencias de diversas ramas filosóficas para abordar la relación entre los dos planos. El dualismo, aunque defiende la subjetividad de las vivencias, fracasa en todas sus vertientes al intentar explicar la causalidad y las objeciones neurocientíficas. Por su parte, el materialismo de los Churchland resulta humanamente vacío al reducir conceptos como el trauma o el deseo a un mero error de psicología popular, ya que anula la vivencia del paciente mediante su reduccionismo. Mientras el funcionalismo de Putnam atiende los roles causales, dejando al margen el sustrato biológico existente.

La confluencia de limitaciones muestra la justificación por la que este marco se decanta por un materialismo emergentista apoyado por autores como Broad, Searle o Damasio. Ellos profundizan en cómo la mente y la consciencia emergen de sistemas materiales complejos como la biología. Así, la relación entre el cuerpo y la mente se establece mediante mecanismos concretos, como los marcadores somáticos, y se mantiene la experiencia subjetiva de la persona. Desde aquí se permite una visión donde el mapa neuronal y la vivencia mental son dos entidades de un mismo organismo.

No obstante, es necesario admitir que el problema difícil planteado por Chalmers no termina de ser resuelto, por la persistente brecha explicativa que ahonda en cómo la materia puede llegar a sentir. Conocer estas limitaciones no descarta la postura emergentista; por el contrario, la coloca como una hipótesis en desarrollo, a la expectativa de que una neurociencia más avanzada logre traducir la estructura del sistema nervioso en términos mentales. El desafío real que tiene este enfoque es el de explicar el verdadero mecanismo de la causalidad, es decir, entender cómo un estado mental puede ejercer una influencia real sobre el cuerpo que lo produce. En definitiva, adoptar esta mirada integrada hace que el materialismo emergentista sea un marco óptimo. Esto se debe a que engloba en el mismo proceso las estructuras biológicas, las respuestas somáticas y la narrativa subjetiva. La interrelación de los aspectos mencionados será examinada en el estudio del caso de Claudia Campillo y ayudará a la comprensión de los conceptos de trauma y somatización.

2.2 La consciencia

Asumida la perspectiva integrada emergentista, la confirmación de la interdependencia entre los estados mentales y físicos nos obliga a abordar uno de los temas centrales del debate filosófico: la naturaleza de la consciencia. Desde la visión del materialismo emergentista, la consciencia no se reduce a una serie de disparos neuronales, sino que se considera una propiedad de orden superior que proviene de la organización biológica.

A pesar de ser un término conocido, resulta una tarea compleja encontrar palabras que lo definan correctamente. En el lenguaje cotidiano, el término «consciencia» se utiliza de múltiples formas: ‘darse cuenta de algo’, ‘tener conocimiento sobre x’, ‘tener la capacidad de reconocer la realidad’ (RAE, s.f.). En cambio, la consciencia

fenomenológica difiere de simplemente percatarse o de estar en un estado general de alerta. Cuando una persona vive experiencias o lleva a cabo actividades cotidianas, se encuentra inmersa en un estado con características fenomenológicas específicas. Es precisamente esta vivencia subjetiva la que define lo que significa «estar consciente» de dichas experiencias para el individuo. Adicionalmente, Damasio (1989/2000) diferencia la consciencia nuclear, que dota al organismo de una vivencia del sí mismo en el momento actual (aquí y ahora), de la consciencia ampliada, la cual suministra al individuo una desarrollada sensación de persona e identidad. Esta última capacita a la persona para conservar la información del pasado y del futuro anticipado, dando lugar al «sí mismo autobiográfico», que observa su entorno y procesa la información a través de los recuerdos y experiencias vividas que tiene en su almacenamiento.

Desde la mirada emergentista, la consciencia es «entendida como una propiedad que resulta o emerge de los patrones de actividad de las neuronas en redes neuronales sin que las neuronas mismas posean tal propiedad» (Zumalabe-Makirriain, 2016, p. 270). Como argumenta Ayala (2007), la mente emerge de la arquitectura cerebral existente en nuestro sistema neurológico y aparece gracias a lo que denomina como la «extravagante hipertrofia» del cerebro humano. De esta manera, enfatiza la relevancia de nuestra reorganización funcional, puesto que esta otorga la capacidad de procesar e integrar información abstracta. Concretamente, la consciencia proviene de un cerebro formado por más de 86 millones de neuronas y está constituido por diversas áreas especializadas en funciones diversas, las cuales están anatómicamente separadas pero interconectadas, lo que otorga una coherencia global (Feinberg & Mallatt, 2020). Asimismo, Kim (1998) afirma con el concepto de superveniencia que un cambio mental no puede derivar sin la ocurrencia de un cambio físico.

La estructura mencionada, aparte de capacitar el procesamiento de información recibida, da lugar a la experiencia subjetiva. Sin embargo, esta experiencia fenomenológica está distorsionada por el estado corporal: «emerge de la tonalidad afectiva que está anclada en el cuerpo» (Varela, 2000, p. 7). Además, este carácter subjetivo es prereflexivo y afectivo, es decir, es anterior al razonamiento y al lenguaje (Varela, 2000). A través de esta premisa se puede comprender la explicación de cómo los traumas pueden llegar a quedarse impregnados en el cuerpo del sujeto antes incluso de ser procesados por el lenguaje o la narrativa personal.

Para ilustrar este proceso, se puede utilizar el ejemplo básico de beber una taza de café; desde fuera puede limitarse a una ingesta de líquido que contiene ciertas propiedades. No obstante, el individuo posee un *qualia* que conlleva una connotación corporal previa, como el calor de la taza, que puede relajar la tensión del cuerpo o provocar un estremecimiento muscular (Sebastián, 2022; Varela, 2000). Además, esas sensaciones se entrelazan con los significados que almacena nuestro sí mismo autobiográfico que mencionaba Damasio (1989/2000), los cuales actúan como unas gafas tras las que la persona observa su entorno. Todo este sistema hace que la vivencia sea procesada previo a que el sujeto la racionalice mediante el pensamiento y así convertir el acto de tomar un café en una experiencia diferente para cada persona (Sebastián, 2022).

Tras este análisis, resulta necesario comprender cómo esta subjetividad ejerce un impacto causal tangible sobre el organismo. Ellis y Gabriel (2021) analizan cómo, una vez que emerge esta dimensión mental, el individuo no tiene un rol pasivo, sino que actúa mediante el proceso de causalidad descendente. La consciencia funciona como un operador que aporta el contexto para dirigir el flujo de iones y electrones, causando impacto en la fisiología corporal. Este proceso determina cómo un estado cerebral global subyace al comportamiento de las redes neuronales.

Además, los estados fenoménicos, es decir, los sentimientos y las emociones, mandan constantes señales que alteran la estructura biológica del sistema nervioso (Ellis & Gabriel, 2021). En este sentido, el sí mismo autobiográfico refleja experiencias que aún no ha procesado racionalmente mediante actos motores o secretores reales. Algunos ejemplos de las alteraciones físicas tangibles son el aumento de la presión sanguínea, la secreción lagrimal o modificaciones cutáneas derivadas de la tensión acumulada (Chiozza, 2007).

En definitiva, este análisis permite afirmar el descarte de otras perspectivas que han profundizado en el problema mente-cuerpo. Por un lado, se muestran las limitaciones del modelo dualista al situar la mente en un lugar intangible y separado, puesto que impide que la consciencia dependa de la neurofisiología. Es más, esta vertiente todavía no termina de dar respuesta a la vía media por la que los procesos subjetivos afectan al cuerpo físico (O'Connor, 1994). Por otro lado, la consciencia, posee un poder causal que es irreducible a las limitaciones expuestas del enfoque del materialismo reduccionista.

Sin embargo, el emergentismo establece una conexión causal entre la mente y el cuerpo, lo que proporciona una base científica esencial para la investigación clínica. Esta visión integrada permite el siguiente análisis sobre qué es el trauma y cómo el sufrimiento se puede mostrar mediante somatización a través del cuerpo de la persona (O'Connor, 1994).

2.3 Psicología del trauma y somatización

Como se ha observado, la consciencia y los estados mentales son resultado de los procesos del sistema neurobiológico. Por esta razón, no se debe contemplar el trauma como un mero símbolo o constructo abstracto. En términos generales, el trauma es la reacción de una persona frente a un evento negativo o potencialmente traumático que restringe la capacidad del individuo para integrar narrativamente lo que le ha sucedido (Medina Amor, 2015).

El psiquiatra Bessel Van der Kolk explica que es una vivencia extraordinaria que sobrepasa las capacidades del sistema nervioso del individuo y, por ende, no logra integrarse de manera racional (Psychotherapy Networker, 2014). Para mostrar esto, el psiquiatra argumenta: «Las huellas de las experiencias traumáticas se organizan no como narrativas lógicas coherentes, sino como huellas sensoriales y emocionales fragmentadas» (Van der Kolk, 2014/2015, p. 174). De igual modo, este no puede definirse por el evento externo en sí, sino por la experiencia interna del individuo y su respuesta biológica. Desde el punto de vista operativo, el trauma psíquico está compuesto por cuatro elementos fundamentales: la experiencia personal del sujeto, el evento negativo, la expresión psicológica que se da a partir de la experiencia y el ambiente sociocultural e histórico en el que sucedió (Medina Amor, 2015).

El trauma no se limita a la memoria consciente del suceso, sino que también se registra en el cuerpo cuando la experiencia resulta imposible de procesar. En este desarrollo, al enfrentarse con un evento traumático, la amígdala desempeña un papel fundamental; realiza una serie de alteraciones estructurales y neuroquímicas (De Berardis et al., 2015; Zegarra-Valdivia & Chino-Vilca, 2019). A nivel fisiológico, se genera un incremento del flujo sanguíneo en esta estructura subcortical junto con una intensa interacción de las hormonas del estrés (Zegarra-Valdivia & Chino-Vilca, 2019). Concretamente, en el

núcleo basolateral de la amígdala, se eleva la cantidad de noradrenalina, lo que ayuda a consolidar los recuerdos que tienen un contenido emocional intenso (De Berardis et al., 2015; Zegarra-Valdivia & Chino-Vilca, 2019). Según LeDoux (1996), este proceso se da a través de la Potenciación a Largo Plazo (LTP), un sistema de plasticidad sináptica en el que la actividad neuronal intensa cambia las conexiones entre áreas cerebrales de manera permanente. Debido a estos cambios estructurales:

Los fragmentos sensoriales de recuerdos se cuelan en el presente, donde se vuelven a experimentar literalmente. Mientras el trauma no se resuelva, las hormonas del estrés que el cuerpo secreta para protegerse siguen circulando y los movimientos defensivos y las respuestas emocionales se siguen reproduciendo (Van der Kolk, 2014/ 2015, p. 72).

Esta alteración física forma la memoria emocional, lo que permite que la reacción al estrés se mantenga oculta y pueda volver a activarse años después ante situaciones similares que recuerden la alteración fisiológica original. Por el otro lado, esta misma región experimenta un crecimiento estructural por el aumento del número de dendritas y espinas. Como consecuencia, una vez terminado el evento traumático, la respuesta de estrés tiende a mantenerse a largo plazo en el tiempo (Zegarra-Valdivia & Chino-Vilca, 2019). En condiciones normales, la corteza prefrontal ejerce cierto control inhibitorio sobre la amígdala para así modular el tipo de respuestas de huida o miedo (De Berardis et al., 2015). Por el contrario, en sujetos afectados por trauma, la corteza prefrontal sufre una hipoactivación, lo que se traduce en una hiperactividad amigdalal (Zegarra-Valdivia & Chino-Vilca, 2019).

Dicha desregulación imposibilita la capacidad de frenar las exageradas reacciones ante estímulos inofensivos (De Berardis et al., 2015). De este modo, la experiencia traumática se mantiene activada a través de respuestas fisiológicas, emocionales y sensoriales que están fuera del control consciente del sujeto; como si el sistema de alerta tuviese una alarma defectuosa que responde cuando no existe peligro real. Adicionalmente, la desinhibición de la amígdala constituye un sistema que favorece la recuperación involuntaria de las memorias emocionales traumáticas, lo que provoca los *flashbacks* (Seijas Gómez, 2013).

Asimismo, las situaciones donde se mantiene un nivel alto de estrés prolongado pueden favorecer el desencadenamiento de las hormonas glucocorticoides y que estas afecten a las células del hipocampo, provocando la disminución del tamaño de este (Bremner, 1999; LeDoux, 1996; Zegarra-Valdivia & Chino-Vilca, 2019). Es fundamental explicar que esta región funciona como un mapa cognitivo que ayuda al individuo a orientar sus recuerdos en las dimensiones del espacio y el tiempo (LeDoux, 1996). Ante el mal funcionamiento del hipocampo, la consolidación y organización correcta de la vivencia traumática no es posible, lo que causa como respuesta una generalización del miedo (Barrientos Bravo, 2025; Zegarra-Valdivia & Chino-Vilca, 2019).

La víctima, al no poder distinguir el contexto donde ocurrió el trauma, muestra pánico ante estímulos no amenazantes (Barrientos Bravo, 2025). De ese mismo modo, el colapso del hipocampo por los altos niveles de esteroides suprarrenales impide formar un pensamiento explícito de la vivencia traumática, es decir, la memoria contextual⁵ y declarativa⁶ se ve afectada, mientras que el recuerdo emocional de la amígdala es intenso (Bremner, 1999; LeDoux, 1996).

De manera resumida, los mecanismos observados reflejan que el trauma no se queda únicamente en una vivencia, sino que lleva a cabo cambios neurobiológicos que impactan no solo en los comportamientos futuros, sino también en el propio organismo. La desconexión funcional entre la amígdala y el hipocampo evidencia la capacidad del sujeto para reaccionar emocionalmente ante la aparición de ciertos estímulos y que a su vez muestre dificultades o incluso no pueda reconstruir verbalmente lo que sucedió (LeDoux, 1999). El mecanismo analizado para Van der Kolk (2014/2015) se basa en la disociación, que significa simultáneamente saber y no saber. Esto refleja de forma clara cómo la vivencia traumática se queda anclada en el aquí y ahora de la consciencia nuclear y no es capaz de integrarse en el sí mismo autobiográfico (Damasio, 1989/2000), por lo que el suceso pasado se termina reviviendo constantemente.

La continuidad en el tiempo demostrada no solo evidencia la íntima conexión entre cuerpo y mente, sino que demuestra que para entender el trauma es necesario prestar

⁵ Otorga la capacidad de registrar y recordar el entorno o la situación global en la que ocurre un suceso.

⁶ Otorga la capacidad consciente de crear y almacenar recuerdos sobre vivencias pasadas o hechos.

atención tanto a los procesos mentales como también a sus expresiones corporales. Ante las emociones de angustia, el estrés sufrido y la imposibilidad de integrar lo ocurrido, el individuo descarga a través del cuerpo, dando paso a la somatización (Chiozza, 2007). Lipowski define este concepto como la tendencia a manifestar y sentir la angustia psicológica mediante síntomas físicos o a experimentar malestar somático a causa de estrés psicosocial (Garde et al., 2025).

Desde una mirada médica u orgánica, resulta complejo explicar la presencia de los síntomas corporales por causa de un malestar psicológico. Es aquí cuando se refleja la influencia del dualismo cartesiano en la medicina actual, que al clasificar los trastornos, separa claramente los mentales de los físicos, presentando limitaciones para explicar los síntomas somáticos. Como resultado, al tener un origen mental y una manifestación física, a juicio de Garde (2025) los trastornos somáticos han quedado en tierra de nadie en el ámbito de la medicina.

Como hemos observado, después de vivir un evento traumático y superar los niveles de estrés que una persona puede manejar, se producen cambios neurofisiológicos que derivan en reacciones de estrés que no son adecuadas (Helgeland et al., 2022). El sujeto experimenta este resultado como una enfermedad o como síntomas somáticos. Es fundamental mencionar la importancia del periodo de la infancia temprana y la pubertad por la vulnerabilidad que presentan las estructuras cerebrales en estas fases (Helgeland et al., 2022).

La vulnerabilidad sistémica comentada se manifiesta cuando el humano enfrenta un estrés crónico o de gran magnitud y pierde su habilidad para volver a la homeostasis (Helgeland et al., 2022). El cuerpo no responde con una reacción de lucha o huida, sino que entra en un estado de colapso o hiperactividad que afecta a funciones básicas como la digestión o el ritmo cardíaco al alterar el eje HPA⁷ y el SNA⁸ (Mewes, 2022). Desde este punto de vista, la somatización se puede llegar a expresar a través de agotamiento, cefaleas o parálisis. Es por ello que funciona como un marcador biológico continuo de

⁷ Eje Hipotálamo-Pituitaria-Adrenal: Es el sistema dedicado a regular el cortisol.

⁸ El Sistema Nervioso Autónomo: parte del sistema nervioso encargada de regular de forma automática e involuntaria las funciones internas del organismo que permiten mantenernos con vida, como el ritmo cardíaco, la respiración, la digestión y la respuesta al estrés.

una amenaza que la persona no ha dejado de vivir (Chiozza, 2007; Helgeland et al., 2022).

Todo ello ejemplifica cómo la somatización no significa que el malestar sea imaginario; simplemente se manifiesta de otra manera: lo que no se puede poner en palabras aparece como tensión, dolor, fatiga u otras señales físicas (The Balance RehabClinic, 2026). Dichos síntomas no son fingidos ni intencionales, más bien, representan la forma en que el cuerpo expresa experiencias que han quedado fuera del alcance del lenguaje o de la conciencia reflexiva (Hurtado, 2025). Asimismo, el cuerpo funciona como un espejo de la mente que no ha sido capaz de procesar y se convierte en un espacio donde los conflictos o experiencias no resueltas se hacen visibles (Hurtado, 2025; The Balance RehabClinic, 2026). Esta cronificación del sufrimiento, Chiozza (2007) la cataloga como el «lenguaje de órgano». De esta manera, los síntomas corporales pueden ser entendidos como portadores de significado, ligados a la historia personal de cada individuo y a su manera particular de procesar la realidad.

En la rutina diaria, la somatización se muestra durante episodios de conflictos emocionales o de estrés crónico, como el nerviosismo laboral prolongado, duelos no integrados o miedos específicos duraderos. A partir de ellos, pueden manifestarse síntomas físicos sin base orgánica, tales como dolores de cabeza, náuseas, dolores abdominales o rigidez muscular (Guzmán Guzmán, 2011).

Un caso ilustrativo es el de una madre cuya hija iba a contraer matrimonio, lo que le provocaba cierto sufrimiento al ser su única descendiente. Todo ello desencadenó un cuadro múltiple de síntomas: temblores, diarrea y diversos dolores que requerían numerosas consultas. Sin embargo, los resultados de las distintas áreas médicas no encontraron el origen patológico del problema, lo que coincidía con el trastorno somatoforme por somatización (Noguera Alfonso et al., 2007).

Para concluir, estos ejemplos demuestran que los modelos dualistas y reduccionistas resultan insuficientes para abordar la complejidad explicativa del sufrimiento humano, mientras que el materialismo emergentista permite ver estos síntomas como una característica más avanzada del sistema biológico y psicológico. Por ende, la somatización no es una invención de la mente; más bien, se trata de la expresión de una

unidad entre lo físico y lo psíquico, en la que el estrés crónico y el trauma reconfiguran la estructura neuronal. De esta manera, el emergentismo resulta el marco teórico más plausible para responder al dilema mente-cuerpo, al describir cómo las estructuras biológicas dan lugar a estados mentales sin invalidar la experiencia individual.

3. Análisis de casos

Para consolidar el marco teórico analizado y poder observar los factores del trauma y somatización de manera concreta, el caso de Claudia Campillo se presenta como un escenario que da cabida al análisis elaborado previamente. Partiendo de su testimonio, se pueden apreciar los conceptos trabajados en su caso particular, lo que refuerza coherentemente la postura filosófica emergentista e ilustra con sus vivencias la conexión mente-cuerpo desarrollada teóricamente. Ahora bien, el estudio de su experiencia no pretende servir como prueba de verificación del marco teórico sugerido, sino más bien ilustrar los conceptos trabajados a modo de ejemplo. Dicho de otra manera: el caso no se usa para probar la tesis desarrollada, sino para explorarla, ponerla en relación y hacerla inteligible a la luz de un caso singular.

Claudia Campillo, activista y divulgadora procedente de Cataluña, nacida en 1996, se ha convertido en un referente fundamental en la sensibilización acerca del abuso sexual infantil y sus consecuencias. Claudia forma parte de una familia numerosa de seis hermanos con padres divorciados, y expresa que mantiene una relación estrecha con todos ellos. Dada la amplitud familiar, su madre recibía ayuda de la abuela para el cuidado de los niños. Por tanto, los hermanos pasaban muchas tardes en casa de sus abuelos. Desde ahí, su relato está marcado por una vivencia traumática prolongada a lo largo de su niñez y juventud. Concretamente, desde los siete años hasta los veintidós fue víctima de abusos sexuales por parte de un familiar cercano: su abuelo materno (Campillo, 2026).

A pesar de que los abusos eran continuos, Campillo permaneció en silencio durante más de diez años. Además, a ojos del resto, el abuelo era una persona que proyectaba una imagen de timidez y fragilidad, en parte debido a su sordera y ceguera. Años más tarde, Claudia logró romper el silencio, primero dentro del ámbito familiar y posteriormente de manera pública. En la actualidad, comparte su experiencia vital mediante

conferencias, entrevistas y su obra *Alas*. También ha transformado su relato en una herramienta de apoyo y visibilización social a través de la creación de la asociación «Mar de Mariposas» y de los retiros para mujeres llamados *Find your Everest*. Su objetivo central es ofrecer acompañamiento a las víctimas y generar espacios seguros que contribuyan a la sensibilización social sobre los abusos sexuales infantiles (Campillo, 2026).

Para comprender la intensidad del sufrimiento experimentado por Campillo, resulta necesario atender a algunos de los episodios ocurridos desde su temprana edad. Según su testimonio, el agresor instrumentalizaba su cuerpo para satisfacer sus propios deseos sexuales. Para ello, aprovechaba situaciones aparentemente cotidianas, como la hora de la siesta, momentos frente a la televisión o las ausencias de su mujer. En aquellos espacios, el agresor ejercía distintos tipos de abuso, que incluían tocamientos en los pechos y genitales, prácticas de carácter masturbatorio o incluso la imposición de conductas sexuales dirigidas a él mismo (Campillo, 2026).

Ante la intensidad del sufrimiento sentido y la imposibilidad de escape, la víctima refiere que su mente «volaba» durante los sucesos, como un mecanismo de protección. Al echar la vista atrás, la protagonista sentencia: «La mente es muy sabia; tu mente nunca va a recordar algo que tu cuerpo no puede soportar» (Druni, 2026, 12:20:00). Dicha afirmación ilustra cómo el sí mismo autobiográfico no era capaz de integrar la narrativa de los acontecimientos vividos. Este punto remite al concepto de disociación, tal y como argumentaba Van der Kolk (2014/2015) proceso que, según su relato, le permitió sobrevivir en ese momento vital. No obstante, dicha desconexión no impidió que el dolor dejara una huella significativa en su arquitectura cerebral y en su organismo (Druni, 2026). Pese a que el recuerdo no hubiese sido racionalizado, su cuerpo comenzó a manifestar el trauma mediante diversos sistemas biológicos que actuaban bajo el carácter prereflexivo y afectivo en concordancia con lo explicado por Varela (2000).

Durante la adolescencia, Campillo menciona tener una sensación persistente de ansiedad, caracterizada por episodios de ataques de pánico acompañados de un estado continuo de hipervigilancia. La protagonista narra cómo en situaciones totalmente cotidianas experimentaba un miedo intenso que derivó en agorafobia. Actividades básicas como salir a la calle, permanecer en espacios cerrados o presenciar que algún

familiar conducía un vehículo, desencadenaban esas respuestas emocionales y fisiológicas desproporcionadas (Druni, 2026).

Desde una perspectiva neurobiológica y en base a lo que argumentaban Zegarra-Valdivia y Chino-Vilca (2019) puede observarse que, ante la hipofunción de la corteza prefrontal, la amígdala queda desregulada, generando una hiperactividad amigdalár. Este sistema representa el sustrato biológico por el que Claudia constantemente está atrapada en un estado de alerta. Donde su respuesta de estrés queda activa en el presente, frente a los estímulos vinculados a eventos pasados. Asimismo, es posible deducir que la estructura del hipocampo, tras el estrés crónico, se ha visto afectada. Todo ello, explicaría la falta de integración de los sucesos traumáticos mencionados anteriormente y el mantenimiento de la sensación de amenaza.

El momento en el que Campillo (2026) decidió romper el silencio no sucedió de manera racional o premeditada, sino que realmente fue precipitado por la respuesta de su propio cuerpo, al comenzar a experimentar taquicardias y espasmos faciales. El punto de inflexión tuvo lugar a sus diecinueve años, durante sus estudios del grado de Integración Social, cuando en una de las clases presencié el testimonio de una víctima de abuso sexual. Mientras escuchaba el relato, Claudia refiere haber sentido una conexión profunda con la experiencia narrada. Más bien, su cuerpo era el primero que realmente estaba sintiendo dicha vinculación: comenzó a sentir mareos que culminaron en un desmayo y ataque de pánico. Por esa razón, la víctima interpreta estos síntomas con la siguiente afirmación: «Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, o sea, el cuerpo me estaba hablando o, más bien, chillando todo lo que la mente había callado durante tantos años» (Druni, 2026, 6:50:00).

La reacción de Claudia puede explicarse a partir de la experiencia subjetiva o *qualia* asociados al relato que estaba escuchando, los cuales activaron procesos sensoriales y emocionales de la historia antes de haberla integrado en el pensamiento reflexivo. En consecuencia, el cuerpo actuó de manera automática. El fenómeno descrito resulta coherente con la explicación de Van der Kolk (2014/2015), quien muestra cómo un trauma no resuelto puede reactivarse ante estímulos sensoriales, provocando la reexperimentación del trauma. En términos de Damasio (1989/2000), Claudia estaría reviviendo la experiencia traumática en un presente perpetuo; al no haberse procesado

racionalmente la experiencia del abuso quedaría anclada en la consciencia nuclear. Por consiguiente, el cuerpo no rememora el acontecimiento como algo pasado, sino que lo vive como una amenaza inminente y presente, manifestando en el ahora una reacción fisiológica.

A partir de ese momento, Claudia es capaz de verbalizar lo que su organismo ya había manifestado somáticamente, impulsada por el impacto del desmayo y las herramientas adquiridas en su formación académica. Al nombrarse el trauma, la experiencia deja de ser un impacto puramente sensorial y logra elaborarlo narrativamente e incorporarlo al sí mismo autobiográfico. Este proceso le posibilita terminar con el silencio y compartir lo ocurrido con sus padres y hermanos. Años más tarde, la integración culminó en una denuncia pública y compartió su testimonio en los medios de comunicación.

En este punto puede visualizarse cómo, mediante la combinación entre lo psíquico y lo físico, emerge la consciencia que Broad (1925) sostenía. Es decir, a partir de la síntesis entre las señales fisiológicas percibidas, el estado mental de hipervigilancia y la emoción del miedo, Claudia logra articular una narrativa de los acontecimientos pasados. La consciencia aparece como una propiedad emergente que posibilita la comprensión del origen del sentimiento de dolor y le dota de un significado biográfico, integrándose en la identidad y formando parte del sí mismo autobiográfico.

Al terminar el proceso de disociación, Claudia comienza a sentir un tremendo sufrimiento y agonía por los acontecimientos vividos. Cuando emerge este intenso dolor, la mente comienza a ejercer su papel activo sobre el cuerpo a través del proceso de causalidad descendente: el sufrimiento psíquico empieza a materializarse mediante alteraciones físicas y señales corporales. Campillo relata haber sido sometida a operaciones cardíacas por nervios de más en el área del corazón; además, recibió un diagnóstico de tumor ovárico y sufrió la aparición de espasmos hemifaciales que provocaron el cierre involuntario de su rostro.

Aunque los médicos afirmaban que estos últimos eran un mero tic nervioso, finalmente se identificó un cruce entre un nervio y una arteria en el área cerebral (Campillo, s.f., Roca Project, 2025). Las manifestaciones ilustran cómo los estados mentales no integrados, aun cuando permanecen fuera del alcance de la reflexión consciente pueden

ejercer un impacto tangible sobre la fisiología del organismo, en coherencia con la visión emergentista que defiende la unidad funcional entre mente y cuerpo, y el poder causal descendente de los estados mentales sobre los procesos biológicos (Ellis & Gabriel, 2021).

Resulta llamativo que la enfermedad haya aparecido en órganos que guardan una relación significativa con la historia de su trauma: el sitio de la agresión inicial, el centro de la reacción emocional y el área donde se sitúa la consciencia (Campillo, s. f., como se citó en Roca Project, 2025). No obstante, aunque esta coincidencia puede resultar sugerente desde una lectura emergentista, conviene no concluir de ella una causalidad directa sin respaldo empírico suficiente. La propia protagonista refiere haber preguntado en numerosas ocasiones a los expertos médicos sobre esta posible vinculación, y la respuesta ha sido que no existe estudio que la verifique, aunque reconocen que la permanencia en una situación de estrés tan prolongada e intensa permite inferir con bastante claridad el origen psicofisiológico de dichas alteraciones (Campillos, s.f., como se citó en B3TTER, 2024).

Después de este análisis, se muestra cómo el cuerpo parece dar continuidad a una experiencia marcada por todo el sufrimiento durante la vivencia traumática y su evolución. El testimonio de Claudia destaca el modo en que el trauma puede dejar huellas corporales y cómo la línea divisoria, que por ejemplo puede marcar el dualismo en la medicina entre lo físico y lo psíquico, no es suficiente para entender estas experiencias. La protagonista, al entrelazar los estados mentales con una narración fisiológica, muestra compatibilidad con la perspectiva emergentista: el cuerpo y la mente son procesos inseparables de un sistema único que, frente a un dolor inasumible, tiene repercusiones orgánicas como último medio de expresión. Su historia no resuelve el debate, pero sí lo hace tangible: muestra que la pregunta por la relación entre mente y cuerpo no es solo filosófica, sino que se vive, se siente y a veces se sufre.

4. Conclusiones

Siglos de filosofía, décadas de neurociencia y una medicina cada vez más sofisticada no han logrado zanjar el problema mente-cuerpo, una de las preguntas más antiguas y persistentes del pensamiento humano: qué somos y cómo aquello que sentimos y pensamos implican

dimensiones de un mismo organismo. Que la pregunta siga abierta no es un fracaso; es una señal de su profundidad.

Lo que sí parece resistir al paso del tiempo es la insuficiencia de los extremos. Ni disolver la mente en materia ni elevarla a una dimensión separada e intangible permite dar cuenta de la complejidad del sufrimiento humano. El caso de Claudia Campillo lo ilustra en numerosas ocasiones mediante el cuerpo, que habló antes de que hubiera palabras. En ese sentido, el materialismo emergentista no se propone como una verdad última, sino como el marco que, por ahora, permite sostener simultáneamente la base neurobiológica de la experiencia y la irreductibilidad de lo que significa vivirla.

En respuesta a la pregunta de investigación planteada al inicio: ¿cómo se relacionan los procesos cognitivos y emocionales internos con su manifestación en el cuerpo, y cómo podemos conceptualizar esta conexión dentro del debate filosófico sobre mente y cuerpo? El trabajo presente permite concluir que dicha relación es bidireccional, dinámica e inscrita en la biología del organismo. Los estados mentales no elaborados narrativamente no desaparecen: se reorganizan en el sistema nervioso, alteran su arquitectura y emergen en el cuerpo como síntomas, tensión o reacciones orgánicas. A su vez, los procesos fisiológicos configuran y condicionan la experiencia subjetiva. Mente y cuerpo no son, por tanto, dos entidades en diálogo, sino dos dimensiones de un mismo proceso que solo pueden comprenderse juntas.

No obstante, las limitaciones de este trabajo forman parte también de esa honestidad intelectual: el análisis filosófico es necesariamente selectivo, el estudio de caso se apoya en testimonios públicos y no en datos clínicos, y el problema difícil de la consciencia permanece abierto incluso dentro del enfoque adoptado. Estas limitaciones no invalidan las conclusiones, pero sí las sitúan en su lugar como una aproximación, no como un cierre. Por otra parte, quedan preguntas que merecen seguir siendo exploradas en futuras líneas de investigación: ¿hasta qué punto la neuroimagen funcional podrá algún día hacer visible lo que hoy solo puede narrarse? ¿Qué ocurriría si la medicina tratara los síntomas físicos sin origen orgánico no como un problema sin explicación, sino como un lenguaje que aún no ha sido descifrado? Este trabajo no pretende responderlas, sino dejar constancia de que siguen siendo necesarias.

A pesar de las cuestiones que quedan abiertas, hay algo que este trabajo permite afirmar con claridad. El cuerpo se comunica. Allí donde el lenguaje falla, donde la memoria se fragmenta o donde el silencio se impone, el organismo encuentra su propia forma de expresar lo que no

ha podido ser dicho. Claudia Campillo no supo con palabras lo que le había ocurrido durante años, pero su cuerpo lo sabía: lo llevaba en la tensión, en los espasmos, en el desmayo que la obligó a mirar hacia dentro. Los síntomas, el dolor o el agotamiento no son ruido sin significado: son el reflejo sólido de una historia que aún no ha encontrado otro lugar donde habitar. Entender el cuerpo como espejo de la experiencia vivida no es una metáfora poética, sino la consecuencia inevitable de asumir que mente y cuerpo son indisociables: que lo que la mente no puede sostener, el cuerpo lo sostiene por ella, y que lo vivido, de un modo u otro, siempre encuentra la manera de hacerse visible.

5. Bibliografía:

- Ayala, F. J. (2007). *Darwin's gift to science and religion*. Joseph Henry Press.
<https://ndl.ethernet.edu.et/bitstream/123456789/18604/1/8.pdf.pdf>
- Barrientos Bravo, C. N. (2025). Neurobiología del trastorno por estrés postraumático: Avances en la comprensión de sus mecanismos subyacentes. *Estudios y Perspectivas Revista Científica y Académica*, 5(2), 325-345.
<https://estudiosyperspectivas.org/index.php/EstudiosyPerspectivas/article/view/1124/1909>
- Broad, C. D. (1925). *The mind and its place in nature*. Kegan Paul, Trench, Trubner & Co.
- B3TTER. (2024, 30 de septiembre). *Impactante TESTIMONIO REAL: “Mi Abuelo Abusó De Mi Durante 12 Años”* | CLAUDIA CAMPILLO [Video]. YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=BkJ7VKJwb1o>
- Berkeley, G. (1992). *Tratado sobre los principios del conocimiento humano* (C. Mellizo, Trad.). Alianza Editorial.
- Bremner, J. D. (1999). Does stress damage the brain? *Biological Psychiatry*, 45(7), 797-805.
[https://www.biologicalpsychiatryjournal.com/article/S0006-3223\(99\)00009-8/pdf](https://www.biologicalpsychiatryjournal.com/article/S0006-3223(99)00009-8/pdf)
- Bunge, M. (2003). *Emergence and convergence: Qualitative novelty and the unity of knowledge*. University of Toronto Press
- Campillo, C. [Fundación Lo Que De Verdad Importa]. (2026, 4 de marzo). *CHARLA CON CLAUDIA CAMPILLO I LQDVI LIVE SEVILLA 2026* [Video]. YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=jeOUeoCONMo>
- Chalmers, D. J. (1999). *La mente consciente: En busca de una teoría fundamental* (J. A. Álvarez, Trad.). Editorial Gedisa. (Trabajo original publicado en 1996)
- Churchland, P. M. (1981). Eliminative materialism and the propositional attitudes. *The Journal of Philosophy*, 78(2), 67-90.
- Chiozza, L. (2007). *¿Por qué enfermamos? La historia que se oculta en el cuerpo*. Libros del Zorzal.
- Churchland, P. S. (1986). *Neurophilosophy: Toward a unified science of the mind-brain*. MIT Press.
- Crane, T. (2003). *La mente mecánica*. Tecnos.
- Damasio, A. (1994). *El error de Descartes: La emoción, la razón y el cerebro*. Crítica.

- Damasio, A. (2000). *Sentir lo que sucede: Cuerpo y emoción en la fábrica de la consciencia* (P. Jacomet, Trad.). Editorial Andrés Bello. (Obra original publicada en 1989).
- De Berardis, D., Marini, S., Serroni, N., Iasevoli, F., Tomasetti, C., de Bartolomeis, A., Mazza, M., Tempesta, D., Valchera, A., Fornaro, M., Pompili, M., Sepede, G., Vellante, F., Orsolini, L., Martinotti, G., & Di Giannantonio, M. (2015). Targeting the Noradrenergic System in Posttraumatic Stress Disorder: A Systematic Review and Meta-Analysis of Prazosin Trials. *Current Drug Targets*, 16(9), 1-15. <https://doi.org/10.2174/1389450116666150506114108>
- Dennett, D. C. (1995). *La conciencia explicada: Una teoría interdisciplinar* (S. Balari Ravera, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1991).
- Descartes, R. (2005). *Meditaciones metafísicas* (J. A. Gómez, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1641).
- Druni [EL PODCAST DE DRUNI]. (2026, 22 de febrero). *Testimonio real: víctima de abuso dentro de su familia - Claudia Campillo* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=09KElCmN-DQ>
- Ellis, G. F. R., & Gabriel, M. (2021). Physical, logical, and mental top-down effects. En J. Voosholz & M. Gabriel (Eds.), *Top-down causation and emergence* (pp. 3–38). Springer.
- Feinberg, T. E., & Mallatt, J. (2020). Phenomenal consciousness and emergence: Eliminating the explanatory gap. *Frontiers in Psychology*, 11, Artículo 1041. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2020.01041>
- García-Acevedo, J. S. (2016). Relación alma-cuerpo: el dualismo cartesiano y la refutación kantiana del idealismo. *Sin Fundamento*, 179–199.
- Garde, V., Churchill, M., Greenslade, J., Watt, K., Mallett, A. J., & Morel, D. (2025). Somatization Disorders in emergency department: A critical overview of current challenges and future directions. *Emergency Medicine Australasia*, 37, Artículo e70009. <https://doi.org/10.1111/1742-6723.70009>
- Glanvill, J. (2011). *Scepsis scientifica, or the vanity of dogmatizing*. <https://www.exclassics.com/glanvil/glanvil.pdf> (Original work published 1665)
- Guzmán Guzmán, R. E. (2011). Trastorno por Somatización: Su abordaje en Atención Primaria. https://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1699-695X2011000300009

- Harlow, J. M. (1848). Passage of an iron rod through the head. *Boston Medical and Surgical Journal*, 39(20), 389–393. <https://doi.org/10.1176/jnp.11.2.281>
- Helgeland, H., Gjone, I. H., & Diseth, T. H. (2022). The biopsychosocial board—A conversation tool for broad diagnostic assessment and identification of effective treatment of children with functional somatic disorders. *Human Systems: Therapy, Culture and Attachments*, 2(3), 144–157. <https://doi.org/10.1177/26344041221099644>
- Hipócrates. (1983). *Tratados hipocráticos I* (C. García Gual, M. D. Lara Nava, J. A. López Férez y B. Cabellos Álvarez, Trads.). Editorial Gredos
- Hurtado, M. (2025). *Somatizar: qué es y cómo afecta la salud mental y física*. AGS Psicólogos Madrid. <https://www.ags-psicologosmadrid.com/ansiedad/somatizar-que-es/>
- Kant, I. (2005). *Crítica de la razón pura* (P. Ribas, Trad.). Taurus. (Trabajo original publicado en 1781)
- Kim, J. (1998). *Mind in a physical world: An essay on the mind-body problem and mental causation*. MIT Press.
- Kim, J. (2011). *Philosophy of mind* (3.^a ed.). Westview Press.
- LeDoux, J. (1999). *El cerebro emocional* (M. Abdala, Trad.). Planeta. (Obra original publicada en 1996).
- Lema-Hincapié, A. (2005). La refutación kantiana del idealismo. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 26(92), 81–91. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5679877>
- Levine, J. (1983). Materialism and qualia: The explanatory gap. *Pacific Philosophical Quarterly*, 64, 354–361.
- Lewis, C. I. (1956). *Mind and the world-order: Outline of a theory of knowledge*. Dover Publications. (Obra original publicada en 1929).
- López Santiago, J., y Belloch, A. (2002). La somatización como síntoma y como síndrome: una revisión del trastorno de somatización. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 7(2), 73–93. <https://www.aepcp.net/wp-content/uploads/2020/05/01.20022.Santiago-Belloch.pdf>

- Martín-Rodríguez, J. F., Cardoso-Pereira, N., Bonifácio, V., y Barroso y Martín, J. M. (2004). La Década del Cerebro (1990-2000): algunas aportaciones. *Revista Española de Neuropsicología*, 6(3-4), 131-170.
<https://idus.us.es/server/api/core/bitstreams/73cea96a-144f-4ab7-b3ef-583e6c6d94a3/content>
- Mewes, R. (2022). Recent developments on psychological factors in medically unexplained symptoms and somatoform disorders. *Frontiers in Public Health*, 10, Artículo 1033203.
<https://doi.org/10.3389/fpubh.2022.1033203>
- Medina Amor, J. L. (2015). *Trauma psíquico*. Ediciones Paraninfo.
- Müller, J. (1846). *Tratado de fisiología* (A. J. L. Jourdan & Redactores del Tesoro de las Ciencias Médicas, Trans.). Imprenta y Librería de D. Ignacio Boix.
- Noguera Alfonso, E., Bayona Ortiz, H. y Dávila Plata, A. (2007). Un caso de un trastorno somatomorfo por somatización. *Rev Colomb Psiquiat* (2), 349-358.
http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0034-74502007000200014
- O'Connor, T. (1994). Emergent Properties. *American Philosophical Quarterly*, 31(2), 91–104.
<http://www.jstor.org/stable/20014490>.
- Pineda, D. (2008). *La mente humana: Una introducción a la filosofía de la psicología*. Ariel.
- Platón. (ca. 399–398 a. C.). *Fedón*.
- Putnam, H. (1973). The nature of mental states. En W. H. Capitan y D. D. Merrill (Eds.), *Art, mind, and religion* (pp. 37-48). University of Pittsburgh Press.
<https://web.stanford.edu/~paulsko/papers/PutnamNMS.pdf>
- ROCA Project. (2025, 25 de junio). #48 - “Se aprovechó de mí desde los 7 años”: Impactante testimonio Claudia Campillo en Roca Project [Video]. YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=WVPkkic5veA>
- Ryle, G. (2005). *El concepto de lo mental* (E. Rabossi, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1949).
- Real Academia Española. (s. f.). Cuerpo. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 8 de abril de 2024, de <https://dle.rae.es/cuerpo>

- Real Academia Española. (s. f.). Mente. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 8 de abril de 2026, de <https://dle.rae.es/mente>
- Real Academia Española. (s. f.). Consciencia. En *Diccionario de la lengua española*. Recuperado el 8 de abril de 2026, de <https://dle.rae.es/consciencia>
- Searle, J. (1984). *Minds, brains and science*. Harvard University Press
- Sebastián, M. Á. (2022). *El problema de la consciencia: Una introducción crítica a la discusión filosófica actual*. Ediciones Cátedra.
- Seijas Gómez, R. (2013). Trastorno por estrés postraumático y cerebro. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 33(119), 511-523.
<https://doi.org/10.4321/S0211-57352013000300004>
- Smart, J. J. C. (1959). Sensations and brain processes. *The Philosophical Review*, 68(2), 141–156.
<https://doi.org/10.2307/2182164>
- The Balance RehabClinic. (2026). *Comprendiendo la Somatización*.
<https://thebalance.clinic/es/recursos/salud-mental/ansiedad-salud-mental/somatizacion/>
- Varela, F. (2000). *El fenómenos de la Vida: Cuatro pautas para el futuro de las ciencias cognitivas* [Archivo PDF]. https://des-juj.infod.edu.ar/sitio/upload/El_fenomeno_de_la_vida-Varela.pdf
- Van der Kolk, B. A. (2015). *El cuerpo lleva la cuenta: Cerebro, mente y cuerpo en la superación del trauma* (M. Foz Casals, Trad.). Editorial Eleftheria. (Obra original publicada en 2014).
- Velázquez Delgado, G. (2020). El debate por el alma: Una lucha entre la frenología y la religión en la prensa de la ciudad de México, 1835–1851. *Letras Históricas*, (22), 39–62.
<https://doi.org/10.31836/lh.22.7218>
- Zegarra-Valdivia, J. A., & Chino-Vilca, B. N. (2019). Neurobiología del trastorno de estrés postraumático. *Revista Mexicana de Neurociencia*, 20(1), 21-28.
<https://doi.org/10.24875/RMN.M19000023>
- Zumalabe-Makirriain, J. M. (2016). El estudio neurológico de la conciencia: Una valoración crítica. *Anales de Psicología*, 32(1), 266-278. <https://dx.doi.org/10.6018/analesps.31.3.184411>